

Sin gloria ni pena

Nadie que ambicione la gloria ha de buscarla en la enseñanza. De igual modo, quien haya dedicado su vida a enseñar no debe sentir pena alguna por no haberla alcanzado. Ni tampoco los fracasos cosechados, que, inevitablemente, siempre serán muchos, han de apenar a quienes de verdad se hayan dejado la piel en el desempeño y el intento de dominar una profesión tan complicada como es la de enseñar. Quiere esto decir que, al irse, los fastos no han de ser excesivos, pero tampoco el disgusto, porque esta es una profesión muy limitada por arriba y por abajo. Por mucho que uno se entregue a ella, nunca podrá exhibir logros tales que merezcan los laureles con que se corona al triunfador. A cambio, puede irse sereno, satisfecho incluso, si ha hecho cuanto ha podido para comprender a fondo la tarea que la sociedad puso en sus manos y así llevarla a cabo con criterio solvente y bien fundado.

Tal es mi caso. Nunca alcancé logros merecedores de gloria alguna. Bien es cierto que he sido numerosas veces obsequiado con **ramas de laurel** que me fueron entregadas en amables actos de agasajo; y también con **hojas sueltas** que, de manera personal, me regalaban sobre todo mis alumnos y sus familias. Las guardo todas juntas en agradecido recuerdo de quienes en su día me obsequiaron con ellas. Unas y otras me permiten disfrutar del aroma penetrante y los efectos terapéuticos del codiciado árbol del Olimpo. Tampoco hay lamentos, cuentas pendientes, culpas... Al contrario, predomina el sosiego que produce la convicción de haber cumplido. (p. 501)

Ramas de laurel

Algunos grupos de los que formé parte alfombraron con diversos actos la escalerilla por la que descendí del tren de la enseñanza hacia el andén de la jubilación. Los compañeros del claustro y demás personal del Colegio Público de Villar Pando me despidieron en el **lujoso Santo Domingo Plaza**; mis amigos de izquierdas, progresistas y críticos me citaron en el **Bellavista**; los de Comisiones Obreras, **en una sidrería**; los cántabros, **junto a la playa**; algunos compañeros de la Facultad se juntaron por su cuenta y me regalaron **un cuadro**; el director del Departamento de Ciencias de la Educación y otras personas de su equipo y del decanato de la Facultad me invitaron a **una comida**; las madres y el resto de componentes del Club de Lectura del Colegio en el curso 2008-2009 me hicieron entrega de **una placa** entre otros regalos. En todos estos actos lo mejor fue su presencia y las reconocidas palabras que me dedicaron, a las que respondí con agradecimiento sincero, que crece según pasan los años. (p. 501)

Lujoso Santo Domingo



Mis colegas del Colegio Público de Villar Pando organizaron por todo lo alto un acto de despedida que compartí con Santiago Alonso, que también se jubiló al finalizar el curso 2008-09.

[...]

Tras un saludo inicial y de decirles que me iba encantado, dispuesto incluso a cambiar de vida, reconociendo que nos despedíamos sin haber llegado a conocernos del todo, hice un pequeño esbozo autobiográfico que sirviera para presentarme y despedirme al mismo tiempo, y del que este libro no es sino una detallada y extensa ampliación... (p.501)

Bellavista



... La idea había sido de Armando y María junto con Carlos y Rosa, luego la suscribieron algunos compañeros de Comisiones de Enseñanza, y ya entre todos organizaron una comida para celebrar la jubilación de Fernando Evaristo, de Josefina Barandiarán, de Charo Llana y la mía, que éramos, creo recordar, los primeros en jubilarnos de una generación que habíamos trabajado política, sindical y pedagógicamente juntos o de manera muy cercana.

[...]

recuerdo perfectamente haberles prometido dedicar parte del tiempo de mi jubilación a escribir este libro autobiográfico, que, en tantos aspectos, es también suyo y de otras muchas personas que en él se citan o estaban en mi mente al escribirlo. (pp.504-508)

En una sidrería



Comisiones Obreras de Enseñanza de Asturias homenajé en 2012 a varios afiliados que nos habíamos jubilado en los últimos años. Para entonces, como he contado antes, ya no pertenecía yo al sindicato, pero primó el recuerdo de tantos años luchando juntos por la clase trabajadora, de la que nos reclamábamos parte, y por la escuela pública. Me entregaron, como al resto, la insignia de plata de la organización, que guardo con honor. Hubo reconocidas palabras de los dirigentes, que no puedo reproducir porque no las tuve por escrito ni fueron grabadas. Entonamos, cómo no, *Asturias, patria querida*, ese himno emotivo como todos e integrador como ninguno, que más que para apropiarse de una tierra se canta para compartirla, lo que es genuinamente de izquierdas. (pp. 508)

Junto a la playa



Mis amigos en Cantabria, de la universidad, el instituto, la escuela o el centro de profesores, me hicieron el honor de juntar en una misma celebración el acceso a cátedra de mi amigo Alberto Luis Gómez y mi jubilación.

[...]

Primero hice una breve historia de mis relaciones con Santander, extensas en el tiempo, ricas en su variedad e intensas en su contenido; luego les agradecí que pusieran mi jubilación nada menos que al lado del acceso a cátedra de ese lobo ferrosiano (El reincidente) que había sido Alberto Luis en su lucha contra el injusto trato que algunos detentadores del poder académico le habían dispensado, y, finalmente, señalé la razón como el arma común que ambos habíamos priorizado en nuestras respectivas trayectorias....(pp.509-510)

Un cuadro



"Isla", lo tituló el autor, cubano, me dijeron, que pintó un oasis sin cielo

[...]

Por detrás hay escritos doce nombres: José Luis San Fabián, Francisco Gago, Esperanza Fernández, José Luis Atienza, José Antonio Riaño, Aida Terrón, Gloria Braga, Montse González, Carmen Diego, Marisa Pereira, Roser Calaf y Nieves Tejón; todos ellos recordados compañeros del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo, que el día 11 de junio de 2009 me invitaron a cenar me lo regalaron. (p.511)

Una comida



... Excepto del primero de ellos, que se prestó al juego sucio, del resto de los directores del Departamento de Ciencias de la Educación que me tocaron no tuve queja, aunque tampoco me dieron motivo para expresarles agradecimiento alguno, como no sea el de no haberse prestado a ir por mí para darme caza. Esto convierte en destacable el hecho de que el último de ellos, José Vicente Peña, me invitara a comer cuando le comuniqué que me iba. Habla bien de él, como persona y como director del departamento, que reconociera mi existencia e hiciera lo que estaba en su mano por dignificar mi marcha. Se lo agradezco. También a las otras personas de su equipo y del decanato que asistieron.... (p. 512)

Una placa



Quienes formaron parte del Club de Lectura del Colegio de Villar Pando en el curso 2008-2009 (Estrella Álvarez López, Inmaculada González Palacios, Sonia Gonçalves dos Santos, Luciana Angélica Soares, Rosario Sánchez Mangas, Lidia Raquel Vila Frugoni, María Cristina Álvarez Acebedo, Alicia Martínez, María Teresa Castro Salvador, Mónica Gallinar González, M^a Dolores Cuervo Fernández, Esther Carbajal González, Elena Iglesias Rubio, María Eladía Valdés Cueto, Lara Fernández Lebrato, Elena Fernández, Chelo Veiga y Carmen Álvarez), en su mayoría madres de alumnos, me dieron las gracias por la dedicación prestada. Y yo se las devuelvo a diario exhibiendo en el salón de mi casa la placa que atestigua el honor que me hicieron. (p.513)

Hojas sueltas

A falta de corona, atesoro, como hojas sueltas de laurel, esas muestras de afectuoso reconocimiento que a lo largo de mi vida profesional me han hecho llegar los alumnos del colegio, por ejemplo, señalándome como "el 'mejor' profesor del mundo"; o los jóvenes universitarios, con [su mirada y sus palabras](#). Nada, por lo demás, diferente de lo que les ocurre a tantos docentes, dado que la profesión de enseñar concita agradecimientos a poco que los alumnos y sus familias noten que el profesor los tiene en cuenta, cree en lo que hace y trabaja con entrega.

[...]

Con esto y mi agradecimiento al Estado por lo bien que me trata al garantizar mi derecho a la confortable situación de trabajador jubilado de la que disfruto, podría dar por concluida mi autobiografía profesional, pero antes de poner el punto final he de escribir aún lo que será la [última tesela](#) del mosaico que es este libro. Es una deuda que tengo.

El "mejor" profesor del mundo



Fue muy frecuente que mis alumnos de primaria y sus familias me hicieran regalos aprovechando cualquier celebración. Cuando me jubilé, me abrumaron. Pero, sobre todo, hijos ya de una época tan dada como esta a explicitar sin pudor los afectos mediante declaraciones amorosas, abrazos y besos, me entregaron prácticamente a diario notas manuscritas o dibujos dedicados que, aun resultando a veces ser ellos mismos evidencias de que las virtudes que me atribuían estaban lejos de ser ciertas ("el 'mejor' profesor del mundo", "eres mi buen profesor", "te keremos" y cosas así), desprenden un olor a laurel que suple con creces esa renuncia a la gloria que, como he dicho, todo docente ha de asumir. (p. 514)

Su mirada y sus palabras



Al terminar la última sesión, los alumnos del grupo de Currículum Transversal me invitaron a tomar una caña y yo les dediqué mi libro *Formarse como profesor*.

En otro acto, igualmente modesto y amistoso, un grupo de alumnos me entregó un dossier con los textos enviados por los compañeros con los que habían contactado para decirles que me iba. Guardo al alcance de mi mano los mensajes reconocidos y afectuosos que, en aquel momento o en otros intercambios que tuvimos, firmaron Alejandra, Aida, Borja, Carmen, Inés, Jonás, María, Yasmina, Mayka, Mónica Dacal, Mónica Quintana, Natalia, Nuria, Patricia, Pauly, Rubén, Abel, Chantal, Silvia, Charo, Eduardo, Isabel, Zara, Marta y Alberto. Aunque en otras partes de esta autobiografía he superado sin mayor dificultad el miedo a la immodestia, en este punto dicho temor me puede y no soy capaz de convencerme de que proceda reproducir aquí sus palabras. Las guardo (más bien las atesoro) por lo que, junto con sus atentas miradas en clase, como las de tantos de sus compañeros y compañeras, significaron en mi profesión y en mi vida. (...) (p. 515)

Última tesela

Había terminado el recreo. Los alumnos regresaban a sus aulas, como siempre, discutiendo sobre algún lance del juego. Ante la puerta de mi clase se montó un lío tremendo. Mi alumno más conflictivo lanzaba patadas e insultos a diestro y siniestro. Objetos y personas eran el blanco de su ira desatada, incontenible. Una vez más había perdido completamente el control. Nadie osaba acercarse. Cuando llegué hice lo que otras veces, situarme detrás de él, rodearlo con mis brazos y, sujetándolo con fuerza, impedirle que moviera los suyos, aunque no el resto del cuerpo, al tiempo que le decía al oído, entre conciliador y cómplice pero enérgico, como correspondía a una situación que no podía dejar que me desbordara:

- ¡Cálmate, cálmate! ¡Estoy aquí, yo lo arreglo! ¡Déjame a mí que soy el profe! ¡Cálmate!

Sabía que mis palabras no surtían efecto inmediato, pero daba cuenta con ellas de mi presencia, de mi determinación, y, no siendo estas de confrontación sino de transferencia, abrían una vía para que la tensión desatada pudiera tomar otro cauce. Mi alumno era un niño corpulento y fuerte al que era difícil sujetar cuando su ira se volvía irrefrenable, solo la diferencia de edad y de estatura me permitían, a duras penas, dominarlo. Aquel día, sin embargo, fueron tan violentas las sacudidas de su cuerpo que acabamos ambos en el suelo. Yo, sin soltarlo, insistía:

— ¡Cálmate, cálmate! ¡Ya ha pasado todo! ¡Tienes razón, pero déjame a mí! ¡Déjame a mí, que yo lo arreglo! ¡No te soltaré mientras no te controles!

Al comenzar esta autobiografía me he propuesto que tuviera alguna utilidad para ayudar con ella a entender las muy complejas relaciones entre la teoría y la práctica en la profesión docente. Ahora, si le parece, estimado y fiel lector que la ha seguido hasta aquí, podemos terminar juntos este largo relato autobiográfico poniendo algunos ejemplos de esa compleja relación a la que me refiero.

Permítame, si es tan amable, que invite a este final al alumno que en esta abrupta escena rueda conmigo por el suelo, porque tengo con él contraída una deuda. No llegó a serlo del todo, pero fue casi una promesa lo que le respondí cuando un día se acercó a mi mesa y me dijo:

— Te vas a hacer famoso conmigo.

— Bueno, si eso ocurre, nos haremos famosos los dos –le dije, aceptándole la infantil pero inteligente broma con la que, a su manera, hacía referencia a las notas que me veía tomar de vez en cuando, a la grabación de muchas horas de clase, en definitiva, a los instrumentos de registro que utilizaba para llevarme la realidad escolar a casa y darle vueltas en mi cabeza relacionándola con lo que estudiaba, y así, además de enseñar, continuar formándome.

Estimo que la fama que voy a alcanzar con este libro no será mucha, pero, la que sea, he de compartirla con él.

No me pregunten cómo, pero el caso es que mientras le abrazaba haciendo de conductor para que los rayos de su tormenta interior descargaran a tierra a través de mi persona, se producía, en sentido inverso, otra corriente que le permitía a él captar y, al parecer, almacenar para siempre, todo lo que era yo como docente. Lo descubrí años más tarde, cuando Carmen Álvarez lo buscó para entrevistarle a propósito de la tesis doctoral que ella estaba haciendo. Esto fue lo que dijo:

“Yo era muy malo. Si no fuese por José María me hubieran echado del colegio. Había muchas madres que querían que me echaran del colegio porque era muy inquieto y muy malo. Recuerdo que José María muchas veces dio la cara por mí y eso era mucho porque nadie más lo hacía. José María es la caña. Él quería que estudiaras y que te esforzaras [...] se preocupa por ti que flipas. Fíjate, y esto fue cuando yo tenía ocho y nueve años y ahora tengo dieciséis. Aprendí muchas cosas con él. Luego ya me empezaron a expulsar y ya todo fue malo en la escuela. Y él quería seguir dándonos clase, pero algunas madres no querían y no pudo ser, con lo que molaba.

Gracias a él se preocupó mi padre de mí por primera vez y fue a la escuela. Nunca antes había ido a la escuela a nada, ni a una reunión ni a nada, y un día José María lo llamó y fue, por primera y única vez.

Nos ponía una cosa que era *cuá-cuen*. Cuatro cuentas, una de cada, de deberes cada día y yo hacía las tres primeras, pero la división no, porque nunca aprendí a dividir.

[...]

Lo que más me gustaba de él era que era de izquierdas. Me gustaban sus ideas, bueno, yo es que era un espabilao de la Virgen. A veces nos decía sus ideas si le tirábamos. Por ejemplo, cuando estudiábamos Historia de España hablaba de cosas que otros profes no se atrevían. Los otros no se atrevían a hablar de temas comprometidos y José María sí. Era la caña ese tío. Es listo.

Lo que menos me gustaba de la clase era lenguaje, cuando había que estudiar gramática, los verbos y eso. [...]

Yo me portaba mal y a veces bien. La mayoría del tiempo estaba armándola. Me escapaba y todo. Alguna vez tuvo que la poli llevarme al cole. José María y yo habíamos negociado un trato: yo hacía los deberes y a cambio él todas las semanas me escribía un informe para mi madre diciéndole que me había portado bien esa semana para que me dejara salir a la calle. Fíjate, negociaba con un niño de ocho años para que hiciera los deberes. Yo es que era muy jarto. Tiraba sillas por la ventana y todo. Yo fui el alumno más difícil que pasó por ese colegio y además es que era grande para mi edad y estaba fuerte y, claro, armaba unas de cuidado. Yo era un guaje muy nervioso y José María se tiraba a mí para calmarme.

Yo era listo, yo aprobaba todo y lo entendía [...] nunca repetí, claro que también me aprobaban para no aguantarme, para que me fuera cuanto antes.

La relación de mis padres con él era buena [...] Él trató de que fuera siempre por el buen camino, yo y todos los de clase [...] No lo consiguió porque yo era pura dinamita, pero al menos lo intentó.

Hablábamos de muchas cosas de la vida. Hablábamos del trabajo de los padres y de los sitios donde vivíamos, ¿sabes?, que otros ni te lo preguntan. Y él no lo hacía a mala fe, lo hacía para cambiar la rutina de la clase. Él el libro se lo saltaba, hacía lo que quería. Tenía su propio libro en la cabeza. Ni era Edelvives ni era otra editorial. Ni estaba sometido a la dirección ni a nada, era anárquico, libre. Tenía muy claro lo que quería hacer. Flipas.

Cuando lo vi me dio pena, lo vi viejo.

Él enseñaba lo que había que saber, tocaba dividir, pues dividir, pero él tenía sus propias ideas y una forma de enseñar que pocos tenían. [...] Él era culto. Leía y se informaba de las cosas. Y era bueno, muy bueno, y para que yo lo diga ya es jodido, que no me gusta nadie. Y no discriminaba a nadie

[...]

[A la entrevistadora, que, además de grabar, está tomando notas] Esto que tú haces parece jodido. Yo, que me canso haciendo un crucigrama... Ya te digo. Yo era malo que flipas. Desmontaba la clase de golpe. Además, metía mucha cizaña, picaba a uno diciéndole que otro había dicho algo y ya estaba todo desmontado. ¡Cómo me gustaba armarla!

Los alumnos lo queríamos, menos algunas niñas por influencia de sus madres que no lo querían. Con ocho años razones muchas cosas, pero no sabes todavía por ti mismo de esto [...] Me acuerdo que luego el profesor que teníamos en quinto y sexto le echaba la culpa de lo que no sabíamos y de que no hacíamos exámenes con José María. Lo que pasa es que le tenía envidia porque él sí los hacía y no se atrevía a dejar de hacerlos. Y las había que creían que a mí no me contenía y realmente era el único que lo hizo.

Mi recuerdo de la etapa escolar es malo. Al colegio le echo una parte de la culpa de que yo esté aquí, porque me marcó. Yo nunca voy a contar buenas anécdotas de la educación escolar porque no fue algo positivo para mí. Lo único bueno fue ser alumno de José María, pero fue poco tiempo. A mí él me impresionó. ¡Ole sus huevos, que sigue en el cole! Me alegro. Y de la escuela me acuerdo bastante, pero no para bien. Cuando me internaron la primera vez me acordaba mucho de la escuela, y, a veces, estando en la calle, libre, también me acordaba. Sólo recuerdo vivir entre castigos. Y de José María, claro, pero procuro no acordarme de la escuela. La escuela no tiene toda la culpa de que yo no fuese un santo.

Me extrañaba mucho de la clase que las grababa siempre y que los lunes nos sentaba a todos en las sillas en corro y hablábamos. Y nunca ponía exámenes. Me gustaba que flipas. Era muy buen profe. Mi madre lo quiere mucho porque luchó mucho por mí. Yo en clase me ponía loco que flipas y él se tiraba a por mí para controlarme. Yo tiraba sillas por la ventana si hacía falta y él me cogía hasta que se me pasaba. Me ponía loco a tope.

Y me acuerdo que nos mandaba hacer redacciones sobre fumar, sobre el Prestige, sobre las Torres Gemelas y sobre cosas así, temas de eso, pero bueno, yo pasaba de hacerlas siempre. Es que yo soy único.

Nos hacía ser buenas personas. Nos hablaba de no ser malas gentes y de no despreciar a los demás, a los gitanos. Lo decía y lo hacía, porque conmigo lo hacía y los padres a mí no me querían en clase y a él algunos lo despreciaban por ser así. Yo es que era pura dinamita. [...] Me acuerdo de una cosa que hacíamos, pero no me acuerdo de cómo se llamaba, que nos daba para hablar de ser buenas personas.

[Entrevistadora: La Aventura de la Vida. Un álbum de cromos] Eso. Igual estábamos una hora entera hablando de un cromó. Eso ¡joder!, no me acordaba del nombre, eso era. Sí, hablábamos de muchos temas, de todo. Llevaba la biblioteca y arbitraba el partido un día a la semana. Era la caña. Empezó a hacerlo por mi culpa, creo, porque si metían un gol a mi equipo yo iba y les pegaba a los del otro equipo que flipas, les daba lo que hiciese falta”.

(ÁLVAREZ ÁLVAREZ, Carmen.: La relación teoría-práctica en la enseñanza y el desarrollo profesional docente. Un estudio de caso en Primaria. Tesis doctoral dirigida por el Dr. José Luis San Fabián Maroto. Dpto. Ciencias de la Educación. Universidad de Oviedo. 2011. Anexo 5.- Entrevistas a los agentes implicados. Antiguo alumno 1. Adolescente. 16.03.09 -He hecho algunas modificaciones en la puntuación del texto, que es transcripción de una grabación en audio. También he suprimido algunas alusiones a otros profesores [J.M.R.]

En estas palabras y en la anterior escena está todo lo que he sido profesionalmente y he querido contar de manera que pueda ayudar a otras personas a entender mejor las relaciones teoría-práctica en la enseñanza. No me extenderé intentando recapitular lo dicho hasta aquí acerca de mi vida profesional, solamente quiero recordar, a modo de cierre, algunos de los más importantes rasgos de esta, y hacerlo acompañado del alumno que más quebraderos de cabeza me dio (“yo fui el alumno más difícil que pasó por ese colegio”).

En primer lugar, cabe destacar la enorme amplitud del campo en el que se desarrolló mi profesionalidad. Piense el lector que aquel maestro que rodaba por el suelo ante las puertas de su clase en un colegio sito en un barrio de Oviedo era el mismo profesional que tomaba la palabra en dos facultades y en otros numerosos foros, como, por recordar el de mayor renombre, la prestigiosa Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Aquel suelo de granito del colegio, a la altura de los zapatos, y la buhardilla cerca del cielo en el Palacio de la Magdalena donde me hospedaron, marcan los límites, por arriba y por abajo, de lo que fue el espacio en el que se desarrolló mi actividad profesional. Un arriba y un abajo que no atribuí en exclusiva a ninguno de ellos, porque, como si de un reloj de arena se tratara, los volteaba a diario para que mi vida profesional estuviera hecha de uno y otro. Un reloj que no utilizaba para medir el tiempo sino para procurar la coherencia.

En segundo lugar, y con relación a esos márgenes tan amplios a los que me estoy refiriendo, repare el lector en el hecho de que el niño con el que me fui al suelo y la investigadora que años después grabó su adolescente testimonio, fueron ambos alumnos míos, de modo que mi actividad profesional está tanto en las páginas de la tesis doctoral de Carmen Álvarez, como en el niño que lleva dentro el joven entrevistado. (Por cierto, cuyo nombre propio evito porque no cuento con su expreso permiso para utilizarlo, pero si algún día me lee y me autoriza a hacerlo, estaré encantado de que, como el de otros muchos alumnos que he mencionado en este trabajo, figure aquí, junto al mío).

En tercer lugar, está esa idea de que la profesionalidad docente se ha de ir construyendo como una pedagogía propia (“tenía su propio libro en la cabeza [...] él tenía sus propias ideas y una forma de enseñar que pocos tenían”), que ha de estar bien fundamentada (“tenía muy claro lo que quería hacer”). Una idea esta que tiene una profunda raíz ideológica, puesto que surge del ideal emancipador de enfrentarse permanentemente a la alienación que supone la realización de un trabajo sin dominar sus fundamentos, sin identificarse profundamente con él como vía de realización individual y social (“ni estaba sometido a la dirección ni a nada, era anárquico, libre”), para lo cual es necesario estudiar toda la vida (“él era culto. Leía y se informaba de las cosas”), investigar en la acción, solíamos decir entonces (“me extrañaba mucho de la clase que las grababa siempre”).

En cuarto lugar, en el testimonio de mi alumno están algunos de los componentes más importantes de lo que he denominado mi *pequeña pedagogía*. Está el diálogo (“nos sentaba a todos en las sillas en corro y hablábamos [...] igual estábamos una hora entera hablando de un cromó [...] sí, hablábamos de muchos temas, de todo”), como estrategia básica que yo justificaba como la mejor manera de procurar el encuentro entre el conocimiento escolar, el pensamiento de los alumnos y su praxis vital, en busca de ese sentido que provoque la motivación que es necesaria para que el aprendizaje sea significativo (“hablábamos de muchas cosas de la vida. Hablábamos del trabajo de los padres y de los sitios donde vivíamos, ¿sabes?”). ¿Cuántas horas había dedicado a leer y pensar sobre esto! Mi alumno también captó perfectamente la importancia que yo le daba al conocimiento disciplinar en el sentido más clásico (“nos ponía una cosa que era cua-cuen. Cuatro cuentas, una de cada [...] lo que menos me gustaba de la clase era lenguaje, cuando había que estudiar gramática, los verbos y eso [...] él enseñaba lo que había que saber, tocaba dividir, pues dividir”), un asunto tras el cual había también mucho trabajo por mi parte acerca de la cuestión de los contenidos, sobre los que tenía una posición muy fundamentada, defendiendo la opción de situarse entre las disciplinas y los problemas relevantes (“hablaba de cosas que otros profes no se atrevían [...] de temas comprometidos [...] hablábamos de muchas cosas de la vida”), abriendo amplios espacios a la transversalidad (“nos hacía ser buenas personas. Nos hablaba de no ser malas gentes y de no despreciar a los demás, a los gitanos”), y no solo con discursos teóricos sino mediante la acción, el ejemplo (“lo decía y lo hacía”), sabiendo separar el adocinamiento manipulador de la sinceridad acerca de lo que uno es como ciudadano (“a veces nos decía sus ideas si le tirábamos”). Está también, desde luego, el compromiso ideológico con una escuela pública comprensiva que, si bien nunca podrá con todo, al menos no ha de agravar la situación en la que llegan algunos (“si no fuese por José María me hubieran echado del colegio. Recuerdo que José María muchas veces dio la cara por mí y eso era mucho porque nadie más lo hacía [...] mi recuerdo de la etapa escolar es malo. Al colegio le echo una parte de la culpa de que yo esté aquí, porque me marcó. Yo nunca voy a contar buenas anécdotas de la educación escolar porque no fue algo positivo para mí. [...] Y de la escuela me acuerdo bastante, pero no para bien. Cuando me internaron la primera vez me acordaba mucho de la escuela, y, a veces, estando en la calle, libre, también me acordaba. Sólo recuerdo vivir entre castigos”). Una institución pública que exige la presencia, por derecho propio, de las familias, con las que hay que favorecer el diálogo constante, no solo porque la escuela pública es suya, sino porque nuestros alumnos son, nada menos, que sus hijos, sus nietos (“gracias a él se preocupó mi padre de mí por primera vez y fue a la escuela. Nunca antes había ido a la escuela a nada, ni a una reunión ni a nada, y un día José María lo llamó y fue, por primera y única vez [...] la relación de mis padres con él era buena [...] Mi madre lo quiere mucho”), cediendo contra nuestra voluntad si acaso el diálogo democrático con las familias deriva en forcejeo y nos toca perderlo (“y él quería seguir dándonos clase, pero algunas madres no querían y no pudo ser”). Una escuela con grandes limitaciones que mi alumno captó y comprendió con generosidad (“él trató de que fuera siempre por el buen camino, yo y todos los de clase [...] no lo consiguió porque yo era pura dinamita, pero al menos lo intentó [...] la escuela no tiene toda la culpa de que yo no fuese un santo”).

En quinto lugar, mi alumno captó perfectamente que para ser un buen profesional no hay más remedio que enfrentarse a las rutinas en las que cristalizan las culturas corporativas e institucionales (aunque yo recomiendo cierta prudencia en esto cuando se está sobre el terreno), lo que exige armarse del coraje suficiente para afrontar el inevitable conflicto con algunos sectores del gremio y de las familias (“los alumnos lo queríamos, menos algunas niñas por influencia de sus madres que no lo querían. [...] Me acuerdo que luego el profesor que teníamos en quinto y sexto le echaba la culpa de lo que no sabíamos y de que no hacíamos exámenes con José María. Lo que pasa es que le tenía envidia porque él sí los hacía y no se atrevía a dejar de hacerlos”).

En sexto lugar, antes de terminar tengo interés en dejar claro que el docente, por mucho que trabaje en su formación, nunca dispondrá de teorías suficientes para fundamentar toda su actividad práctica. Cuando rodaba por el suelo sujetando a mi alumno y tratando de calmarlo, no estaba aplicando ninguna técnica de modificación de conducta sobre la cual hubiera estudiado algo. Tenía tras de mí muchos años de formación orientados a muy diversos aspectos de la enseñanza (teoría del currículum, enseñanza de lo social, organización escolar, psicología del aprendizaje, sociología de la educación y un largo etcétera, como sabe el lector que me ha seguido hasta aquí), pero no me había formado para tratar, por ejemplo, conductas disruptivas (como suelen llamarlas los equipos de orientación). En realidad, tampoco me había preparado específicamente para ser maestro generalista, que fue el destino que esa Administración, ciega y sorda como la burocracia misma, me dio para trabajar durante mis últimos años. El caso es que lo que en aquel momento tan dramático hacía, no tenía una teoría detrás, como sí ocurría cuando trabajaba, por ejemplo, en el desarrollo de conceptos sociales. Esto no quiere decir que hubiera perdido el tiempo empleado durante años en formarme, porque sí podía, en cambio, fundamentar extensamente otras muchas decisiones pedagógicas que tomaba. Incluso en este episodio, diversos aspectos de mi formación estaban allí, en el suelo conmigo, bien es verdad que de manera difusa. Estaba, por ejemplo, el compromiso con la escuela pública, que ha de intentar educar a todos, sin excluir a ninguno de los ciudadanos que le llegan, sobre lo cual tenía una posición ideológica ampliamente cultivada, y estaba también la comprensión sociológica del fenómeno de los alumnos antiescuela, sobre el que también había leído.

Y antes que todo lo anterior estuvo siempre el compromiso ético sin el cual no hay teoría ni práctica que valgan nada en la enseñanza. No es, desde luego, suficiente, pero sí es indispensable ser una buena persona para ser un buen docente (“yo era bueno, muy bueno, y para que yo lo diga ya es jodido, que no me gusta nadie”).

Gracias, pequeño.